



ha sido señalada por Klapp, conjuntamente con su ineficacia en las sociedades modernas.

Freud y Malinovsky compararon el mito y el ritual con las ideas obsesivas al puntualizar a la neurosis como una religión privada y, a la región, como una neurosis obsesiva universal.

La incertidumbre y el miedo a lo desconocido sirven al motor que impulsa a tener ideas y rituales, cuya repetición, calma y oculta a la vez. Goffman, modernamente, se afilia a estas ideas.

Claude Levi-Strauss, Turner y otros han subrayado los aspectos cognoscitivos y verbales con virtual exclusión de las emociones en los mitos y los ritos. Los componentes afectivos han sido pasados por alto por estos investigadores.

Mas bien los estudiosos han tenido cierto descuido y hasta desdén por la emoción y esto es parte de una tendencia racionalista que subraya, excesivamente, el componente cognoscitivo.

Esta tendencia, también, es etnocéntrica, ya que critica aquel aspecto del ritual al que la ciencia oficial y la cultura occidental están enfrentados.

Sin embargo, nuestra tesis es que el mito y su transporte habitual, el ritual, desempeñan una importante función: la distancia con el componente emocional. Sintetizando, son formas dramáticas universales para enfrentarse con las tensiones emocionales en materia sexual.

Cuando un sujeto, así llamado paciente, nos expone sus ideas, preocupaciones o acciones donde subyacen estas ideas (por ejemplo: ideas de tamaño pequeño del pene, o que el orgasmo clitorideo es inmaduro, o que la prostatectomía marca el fin de la vida sexual masculina, etc.), se desarrollan tres pasos.

1. Evocación de la tensión
2. Un recurso de distanciamiento (saber y no saber simultáneamente)
3. Reír, aflojarse, suspirar, etc.

En el encuentro habitual entre un profesional y su cliente se produce un ritual: la revivencia potencialmente distanciada de tensión emocional y que son virtualmente universales dentro de una cultura determinada.

Este encuentro ritual es un recurso que permite a las personas *ser a la vez participantes y observadores* de su propia tensión. El distanciamiento, por lo tanto, es el efecto principal de este recurso.

Esta doble visión de creer y no creer simultáneamente ("yo creo que tengo el pene pequeño", "pero no creo que lo tenga en realidad", o "no creo que puedan darme una respuesta a ello") provoca el habitual desconcierto en el profesional, quien se ve brusca-

mente incorporado en una escena con alto contenido emocional.

Y este nexo entre conciencia de saber y emocionalidad exige desentrañar esta fina estructura. Existen diferentes grados de simetría y asimetría en estas estructuras de conciencia entre el profesional y cliente, cuando el mito sexual es expuesto o comunicado.

Deberemos agregar, antes de pasar al examen de la estructura relacional, que el mito no cuenta o relata simplemente algo, sino que habla a través de lo que cuenta (C. Levi-Strauss). Es, por lo tanto, un lenguaje en el cual el relato funciona como vehículo del significado. A causa de esto, el mito enlaza diferentes niveles de realidad; abordado solo desde la óptica psicoanalítica, o sociológica, es reducir el fenómeno.

La importancia del mito consiste en ser un verdadero intercódigo, justamente, por su valor interrelacional. Un mito sexual no solo describe una realidad del sujeto que la enuncia; enseña, también, e indica el modo como habrá de leérsela.

El mito sexual, al funcionar de manera prescriptiva, organiza conocimientos y las atribuye un orden. No solo nos dice como está hecha la realidad, como está pensada, también como es percibida.

Por lo tanto, no escapará a ningún científico que, entre muchas funciones, el mito existe como esqueleto constitutivo yóico, de allí la extrema dificultad de su modificación.

Existe una máxima que permite extendernos sobre el tema de los niveles de conciencia:

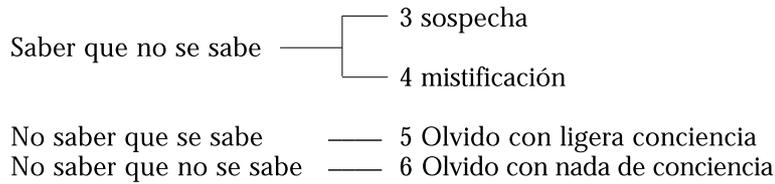
- El que no sabe y no sabe que no sabe, es un necio. Evítadlo.
- El que no sabe y sabe que no sabe, es un simple. Enseñadlo.
- El que sabe y no sabe que sabe, está dormido. Despertadlo.
- El que sabe y sabe que sabe, es un sabio. Seguidlo.

Si tanto el profesional como su paciente están concientes de que los hechos sexuales presentados forman parte de un mito, ambos reconocen esta conciencia. Esta situación la denominaremos de "conciencia abierta".

Si ambos, profesional y paciente, están concientes de que es un mito pero no reconocen - ninguno de los dos - esta conciencia, lo llamaremos "fingimiento".

Si uno de ellos está conciente pero el otro no, lo llamaremos "conciencia cerrada". Pero si uno de ellos lo sospecha (de que el otro está conciente), la situación la denominaremos "conciencia de sospecha". La mistificación es una variante de la sospecha: no sabe, pero sabe que no sabe.





Debemos hacer notar que estos diversos grados de conciencia co-construidas contribuyem, en grados diferentes, a la perpetuación de los mitos sexuales. Y la perpetuación reside en la fuerza interna del mito que se torna eficaz por medio de una manera análoga a una profecía que se autocumple. Es decir, el mito actúa como una suposición predictiva que, por pensarse, convierte en realidad hechos supuestos, esperados o profetizados, determinando, de tal manera, su "exactitud". Si una mujer cree, fervientemente, que la menopausia determina la finalización de la vida sexual, esta profecía le hará disminuir la frecuencia de sus contactos sexuales, o "comprobará" una progresiva sequedad vaginal, originándole molestias a la penetración. La idea mítica futurizada desde joven influirá en el presente, construyéndolo. La "verdad" del mito ha sido construida, en este caso, por las acciones del propio actor.

En el caso de las "conciencias abiertas" (ambos, profesional y paciente saben que saben que aquello referido por uno de ellos es un mito), la construcción de la develación del mismo y, por lo tanto, la emergencia de la información mas exacta y científica será construída con escasos problemas.

Pero si ambos saben que es un mito y no lo reconocen (caso del fingimiento) ambos contribuyen a sostenerlo y a perpetuarlo. Los otros, dos niveles 5 y 6 de la conciencia, tienen poca probabilidad de contribuir a formar o sostener mitos, porque sencillamente, *ignoran los* partícipes de este encuentro entre profesional y paciente. *Es saber implica ya una expectativa e la expectativa es un ingrediente fundamental para que se produzca aquello que el mito "dicta" que cosa hay que esperar.*

Los mitos sexuales, finalmente, son los que deciden que cosas debemos observar, puesto que, lo que observamos no es la naturaleza misma, sino la naturaleza impuesta por nuestra manera de plantear las preguntas, tal como los enunció alguna vez Heisenberg.

Los mitos sexuales, al poder ser leídos en diferentes niveles, con diferentes funciones y ser integrantes de la estructura yóica de quien la enuncia y sostiene, exige operar con ellos, tomarlos en cuenta, no minimizar, ni reducir su significación. Simplificar y reducir es rigidizar la interacción consultante-consultado y evanecer la enorme gama de emocionalidad que cada mito sexual convoca.

Em resumo, suspeito não existir algo assim como realidade x mito. A própria realidade é mítica, no sentido de ser constantemente construída pela projeção de nossas hipóteses, de nossos desejos e de nossas fantasias. Por outro lado, os mitos são construções feitas com tijolos de realidade; seria impossível destruir ou dissolver os mitos sexuais, porque isso seria dissolver o psiquismo humano.

A construção da realidade se faz com o instrumental dos mitos, e os mitos se constroem, por sua vez, com o instrumental da realidade.

Entre esta sístole e esta diástole corre o sangue do pensar e do sentir de nossa sexualidade, que será real enquanto mítica e será mítica quanto mais real ela seja.